

rio guerrillero Guadalupe Salcedo murió asesinado el 6.6.1977 a los siete años de haberse rendido (498) siendo así que lo ultimaron en 1957 a los cuatro años de su rendición en 1953.

Después de todo esto ¿qué decir? ¿Decir que los profesores de las universidades, sobre todo en los Estados Unidos del Norte de América situados entre el Canadá y los Estados Unidos Mexicanos, se van a dar con un canto en los dientes ante el festín intertextual que se les ofrece con este juego de espejos entre los libros de ficción de GGM y esta ficción de la ficción que son sus memorias? ¿Decir que las personas que las pueblan se quedan en el nivel de la anécdota, carecen de toda profundidad psicológica y casi no tienen otra dimensión que la de ser acólitos de un ritual litúrgico donde se entona el Te Gabo laudamus? ¿Decir que casi no nos ha contado aquí nada nuevo, y que lo viejo que nos ha vuelto a contar ya lo hizo más y mejor en sus novelas y sus cuentos, y decididamente casi mucho mejor en sus reportajes, pese a falencias tales como querernos hacer tragar que el sol se pone por el Este, en el capítulo IV del magistral *Relato de un naufrago*? ¿Decir que deberíamos seguir la impagable e implacable lección que nos imparte él mismo, de que al leer obras maestras descuartizaba los textos y los dividía en sus partes para tratar de rearmar aquellas y ver dónde es

que fallaban, dónde es que flojeaban, dónde es que no cumplían con lo que esperaba de ellas? ¿Decir que el anónimo periodista de la DPA tuvo razón en su involuntario gazapo y que *Vivir para contarla* no pasa de ser una novela, la novela de su vida, y que por serlo carece del obligatorio índice onomástico? ¿Decir...? Pero no, no, recordemos a Bertolt Brecht: «Demasiadas preguntas». Ni intentemos enmendarle la plana a Shakespeare con una reedición del discurso de Marco Antonio ante el cadáver de César.

GGM no es en verdad un escritor que nunca (¡vaya, me contagié!) nos haya deslumbrado por la profundidad de sus ideas, no es alguien a quien leímos como leíamos a Aldous Huxley, o como leemos a Leonardo Sciascia, para desasnarnos: casi no se explica su admiración por la tetralogía sobre José y sus hermanos, de Thomas Mann, a la que invariablemente siempre se refiere como trilogía porque debió leerla en la edición argentina en tres tomos. García Márquez es un autor que leímos y releeremos por unas tramas atrayentes hasta cuando sabemos el final de antemano (*Crónica de una muerte anunciada*), y por una prosa de lujo para la que aún sigue teniendo arreos: «Aprendí a apreciar (...) el paladar, que afiné hasta el punto de que he probado bebidas que saben a ventana, panes viejos que saben a baúl, infusiones que saben a misa» (118) o las dos líneas fulgurantes que ini-

cian el capítulo cuarto: «Bogotá era entonces una ciudad remota y lúgubre donde estaba cayendo una llovizna insomne desde principios del siglo XVI» (221).

Y no obstante, y no obstante... Creo haber sido hartamente injusto con mi primer juicio sobre *Vivir para contarla* porque su relectura me lo ha devuelto humanizado, desacralizado, jibarizado, hasta un punto que no sospechaba, hasta el punto de que no le acepto a GGM que nos diga que «una de las fallas de mi vida de escritor ha sido no hablar inglés» (189), pues ésa es una ignorancia que comparte con su admirado Sófocles y también con Cervantes. Ni tampoco le acepto que nos asegure, a propósito de sus amigos, que existen unas «lecturas despiadadas de mis originales» (441), como creo que queda sobradamente demostrado más arriba. Y como puede quedar más demostrado con lo que sigue. Según García Márquez cuenta, en Medellín, allá por julio de 1954, su entrañable Orlando Rivera alias Figurita le habría

hablado de un plan magistral para sacar a Mercedes Barcha de su internado; «Mercedes, por su parte, no se enteró del plan hasta cincuenta y tantos años después, cuando lo leyó en los borradores de este libro» (531). Basta una simple operación aritmética, y la certeza de que Pitágoras no miente, para concluir que $1954 + cincuenta y tantos$ nos traslada por lo menos al año 2005. Menos mal que ya sabemos, por testimonio del propio GGM, que las matemáticas nunca fueron su fuerte.

Dicho sea sin la más mínima ironía, antes bien con una gozosa esperanza, opino que en estas páginas donde sobran tantos adjetivos que vuelven pedregosos los orgasmos, sobrenaturales las memorias y bíblicos los aguaceros, falta una sencilla palabra al final del texto en la número 579: «Continuará». Y cuando llegue ese momento, no le volvamos a pedir peras al olmo, ni el olor de la guayaba a ese sudor del pino que es la resina.

Ricardo Bada

América en los libros

Literatura Argentina. Perspectivas de fin de siglo, *María Celia Vázquez-Sergio Pastormerlo, Compiladores, EUDEBA, Buenos Aires, 2002, 608 pp.*

En noviembre de 1999, se realizó en Bahía Blanca el X Congreso Nacional de Literatura, organizado por la Universidad Nacional del Sur. Este libro selecciona las ponencias más importantes e intenta dar una acabada imagen de la literatura argentina del siglo pasado, tanto en su producción poética, narrativa, ensayística, como en su crítica.

Los temas de la creación son abordados por poetas y narradores, mientras que los de teoría e historia literaria lo son por críticos y profesores. Se traza el itinerario desde Sarmiento hasta Lugones; se analizan las vanguardias de los años 20; se estudian los ensayos sobre la nación, deteniéndose especialmente en el pensamiento de Raúl Scalabrini Ortiz, Héctor Álvarez Murena, Ezequiel Martínez Estrada y David Viñas; se describen las vinculaciones de la literatura con la política; se exponen las cuestiones de género, consideraciones sobre la novela contemporánea, la crítica, la historia literaria y el canon.

El libro representa nítidamente un corte de las preferencias literarias y teóricas de la crítica académica. Predominan los enfoques sociológicos y sistémicos sobre los que defienden una mayor autonomía de la producción textual; las cuestiones de género y las ópticas culturalistas sobre las estéticas; ciertas líneas históricas; ciertos autores contemporáneos (Aira, Lamborghini, Saer, Piglia, Puig) sobre ausentes de no menor calidad.

Resultan muy valiosos los testimonios de poetas y narradores, quienes hablan, y bien, de su trabajo específico. Algo menos, el de teóricos y críticos, que adolecen de la disparidad propia de este tipo de conjuntos. Sobresalen, empero, algunos aportes: los de Amícola, Dalmaroni, de Diego, Gazzera, Giordano, Panesi. Entendido el libro «como un muestreo, parcial pero no insuficiente, que permita entrever un mapa de tendencias, perspectivas y modulaciones críticas», los compiladores aciertan y el título es apropiado: se trata de ciertas «perspectivas» de nuestra literatura hacia finales del siglo XX.

Historia Crítica de la Literatura Argentina, Director: Noé Jitrik, Volumen 6: «El imperio realista», Directora del volumen: María Teresa Gramuglio, Emecé, Buenos Aires, 2002, 524 pp.

La definición de Barthes fue inapelable: realista es todo discurso que acepta las enunciaciones respaldadas por su solo referente. Desde entonces (antes, quizás, la habían desnudado los «formalistas» rusos), toda pretensión literaria de transcribir la realidad «tal cual es» se golpea contra la sospecha de encontrar un «efecto», una impresión de lo real: ahora, en la obra, la realidad apenas existe; estamos ante una «ilusión referencial». Al cabo de ese camino andado por la crítica y la teoría, puede apreciarse lo que fue «el imperio realista» en la literatura argentina, una etapa que duró décadas y dejó su impronta hasta hoy.

Desde Payró hasta bien entrados los 40 del siglo XX, se abordan el teatro nacional (con el «realismo inconformista» de Florencio Sánchez y con el sainete criollo), el proyecto de Manuel Gálvez, la obra de Horacio Quiroga, la de Benito Lynch, las novelas de Roberto Arlt y los textos de Arturo Cancela. En un capítulo denominado «Zonas de borde», figuran la novela histórica, las crónicas de la ciudad de Arlt, los poetas Raúl González Tuñón, Nicolás Olivari y César Tiempo, las narrativas regionales, los testimonios de viajeros entre 1928 y 1942. El último capítulo, dedicado a las

«pedagogías culturales», incluye un estudio de la función cumplida por las revistas de izquierda, un trabajo sobre Elías Castelnuovo (el nombre tal vez más rescatable, junto al de Roberto Mariani, de la narrativa de Boedo), un interesante ensayo sobre las «Pedagogías para la nación católica», y un estudio sobre el movimiento teatral independiente.

El volumen trae un «Epílogo» de Jitrik (irónico y descorazonado respecto de los «inesperados renacimientos» de la doctrina, pero también seguro de su ineluctable extinción), una presentación de Gramuglio, sumamente pedagógica, en la que trata de ajustar el lábil término, de conformarlo con la vasta producción de un vasto período, y de historiar la variante argentina, que halló en Héctor Agosti y Juan Carlos Portantiero sus adalides cuando ya el «imperio» declinaba.

Mario Goloboff

El cuento hispanoamericano actual. Antología, Selección de Reni Marchevska, Pehn, Bulgaria, 2002, 535 pp.

Como el falso psiquiatra del texto de Ricardo Piglia incluido en esta antología, que guardaba grabadas las historias de los suicidas y que volvía a escuchar las cintas, «el relato múltiple de la ciudad (para) captar el centro de la obsesión secre-